

La pequeña empresa en el occidente rural¹

Patricia Arias

LA SITUACIÓN DE LA agricultura y la condición campesinas fueron sin duda de los temas centrales de la investigación social de la década pasada. Las grandes investigaciones que se llevaron a cabo en la primera mitad de los años setenta renovaron el rumbo y el ritmo de la discusión académica en torno al medio rural. Por si fuera poco, los diagnósticos, los debates y las propuestas que suscitaron tuvieron una amplia difusión y un efecto prolongado: constituyen hasta hoy el escenario sobre el cual se piensa y se actúa respecto a la sociedad rural y sus habitantes.

Para los estudiosos de esos años la crisis de la producción agropecuaria y el deterioro de la vida rural, ya muy notorios desde finales de los sesenta, eran el resultado de la inusitada eficacia con que se había logrado la subordinación y transferencia de recursos del sector agropecuario hacia los ámbitos urbano-industriales de la sociedad. En pos de la modernización agrícola, el Estado había prohijado el surgimiento de nuevas formas de apropiación y explotación de la tierra y avalado el acceso de grandes capitales —muchos de ellos transnacionales— a la economía agropecuaria, en detrimento de la propiedad y la producción de los campesinos minifundistas dedicados al cultivo de productos básicos.

Así las cosas, la economía y sociedad rurales aparecían cada vez más polarizadas. De un lado, regiones, proyectos o produc-

¹ Para la elaboración de esta versión final conté con las críticas, comentarios e información de varios colegas —Jorge Alonso, Jorge Durand, Pilar González, Gail Mummert, Agustín Jacinto, Marcelo Sada— a quienes agradezco muy sinceramente su valiosa y generosa ayuda.

tos que canalizaban apoyos y recursos que favorecían a sectores cada vez más reducidos de las localidades respectivas; del otro, territorios de agricultura temporalera magra y desamparada que impedía a los campesinos sobrellevar su propia subsistencia.

No obstante la coincidencia en el diagnóstico, surgieron divergencias en cuanto al destino del campesinado, lo que dio lugar a uno de los debates más fructíferos de la década pasada en el que, *grosso modo* se delinearon y confrontaron las tesis de los proletaristas con las de los campesinistas. Para los primeros, la tendencia creciente hacia la polarización que se presentaba en la agricultura acarrearía inevitablemente la generalización de la proletarización agrícola —el jornalerismo— o la migración y la proletarización en la ciudad (Bartra, 1978). Para los segundos, en cambio, la familia campesina a pesar de todo subsistiría como tal en un proceso continuo y complejo de adaptación a situaciones cambiantes, de integración de nuevas formas de sobrevivencia pero donde lo agrícola seguiría siendo un eje central de la vida rural (Palerm, 1980; Warman, 1976).

Sin embargo unos y otros coincidían en el carácter básicamente agrícola —cuando mucho pecuario— del medio rural y la naturaleza agraria de las demás opciones. Los campesinos podían irse, adaptarse o luchar por viejas y nuevas soluciones, pero siempre desde y ante un horizonte agrario. Por eso, se insistía, una reforma y una política agraria seguían siendo las principales demandas y terapias para los problemas del campo y de los campesinos.

Desde esta perspectiva las actividades no agrícolas que solían llevar a cabo los campesinos se concebían como “complementarias”. En general, se las veía como un resabio del pasado y, salvo contadas excepciones, a punto de extinguirse: la industrialización moderna de gran escala y asentada en las principales ciudades no tardaría en arrollar los vestigios de las tradiciones productivas de pequeña escala —y con ellas la organización para la producción y el mercadeo— que la gente de los pueblos y de las pequeñas ciudades habían practicado en combinación con los quehaceres agrícolas y pecuarios.

Sin embargo, el investigador que salga al campo en este último lustro de la década de los ochenta encontrará que en muchas ciudades medias, menores e incluso en comunidades rurales pequeñas, de la región occidental, la agricultura convive con una

gran variedad de actividades manufactureras y pecuarias novedosas; descubrirá que detrás de la visión que homogeniza lo campesino hay en marcha un proceso de diversificación de actividades: muchas localidades se distinguen hoy por alguna habilidad de sus habitantes, por la elaboración de algún producto en especial; comprobará que las familias campesinas combinan múltiples quehaceres pero en un mercado de trabajo local que incluye ahora diferentes opciones de empleo.

I. Geografía de la nueva manufactura en el occidente

1. *Geografía de la manufactura a domicilio*

Desde hace unos quince años, en un área que abarca localidades de los estados de Aguascalientes y Zacatecas, de las regiones del centro y los Altos de Jalisco, del norte, el oeste y las comunidades purépecha de Michoacán y varios rumbos de Guanajuato, empezaron a proliferar las fábricas y sobre todo los talleres de confección de prendas de vestir y artículos de tela para casa (blancos): tejido de punto, zapatos, tenis, sombreros, objetos de piel y sucedáneos, muebles de madera y de metal forrado con plástico, arreglos de flores de azahar parafinado y de migajón, dulces, productos lácteos (queso, mantequilla, crema, cajeta); partes y accesorios de madera; juguetes, artículos de cestería, esferas navideñas; maquinaria agrícola e industrial. Varias de estas actividades han difundido notablemente también el trabajo a domicilio: costura, tejido, deshilado y bordado de prendas de vestir y artículos de tela domésticos, tejido de artículos de punto; vestidura de sombreros de charro, tejido de sombrero; costura y acabado de artículos de piel, forrado con plástico de muebles de estructura metálica con plástico, tejido de objetos de cestería, pintura y acabado de juguetes, empaque de dulces, montaje de cajas para el empaque de esferas navideñas, armado de pinces, costura de balones de fútbol. Estos nuevos quehaceres manufactureros han desencadenado a su vez una dinámica novedosa y compleja de otras actividades de servicio y comerciales, sobre todo de pequeña escala.²

² La información de este artículo ha sido recopilada en los recorridos por los esta-

Con todo, la distribución geográfica de los establecimientos no es casual ni caótica. En verdad, se trata de una organización y división del espacio occidental en términos de la actividad que predomina en cada subregión. Así, la amplitud y diversidad del fenómeno manufacturero en el occidente ha significado asimismo un proceso de especialización microrregional (cuadro 1).

En general, la confección de prendas de vestir y blancos es muy destacada en el sureste de Aguascalientes, los Altos de Jalisco, el occidente y sureste de Guanajuato y el norte de Michoacán. Así por ejemplo en localidades de unos treinta mil habitantes, como Ciudad Manuel Doblado en Guanajuato, había en 1986 cinco maquiladoras de pantalón para los talleres de Irapuato que daban trabajo a unas ciento cincuenta mujeres de la localidad. En el tejido de punto sobresalen también el sureste de Aguascalientes y los Altos de Jalisco a los que se agregan el noreste de Guanajuato y el bajío zamorano en Michoacán. En 1979 se calculaba que en los ocho municipios del norte del estado de Guanajuato había unas catorce mil mujeres que, con sus maquinillas caseras, se dedicaban febrilmente al tejido de prendas de vestir a domicilio (Suárez, 1983; Treviño, 1986). En Santiago Tangamandapio, una pequeña localidad de nueve mil habitantes en el bajío zamorano en Michoacán, Fiona Wilson (1987) encontró alrededor de cincuenta talleres donde se elaboraban prendas de tejido de punto que daban trabajo a unas ochocientas personas del pueblo. El occidente de Guanajuato y la región sahuayense en Michoacán comparten la abundancia de establecimientos de la industria del calzado, artículos de piel y de sombreros. En San Francisco del Rincón, ciudad guanajuatense de sesenta mil habitantes, hay en 1988 cincuenta fábricas de calzado registradas en la cámara respectiva y se supone que hay más de cien talleres zapateros que trabajan fuera de la organización formal. De los rumbos del occidente y noreste de Guanajuato salen también centenares de muebles tejidos. Aunque de manera dispersa en el territorio (bajío zamorano, cañada de los once pueblos, norocci-

dos de Jalisco, Guanajuato y Michoacán y sobre todo en los trabajos de campo realizados en localidades rurales y ciudades pequeñas de Jalisco y Guanajuato entre los años 1984 y 1988. La información se restringe a la descripción de la manufactura, de las actividades propiamente industriales que han surgido y proliferado en la región. Se ha dejado de lado, por ahora, el análisis de la porcicultura, la avicultura y la ganadería que también forman parte de este proceso de diversificación económica de la sociedad rural.

dente), Michoacán parecería ser el principal abastecedor nacional e internacional³ de los arreglos florales nupciales de azahar parafinado y migajón (Ramírez, 1986). También en Michoacán, pero en los municipios purépecha, es cada vez más notable y notoria la fabricación de muebles, partes de muebles, juguetes, accesorios de madera (Tapia, 1987). La elaboración de productos lácteos se ha difundido exitosamente en el occidente michoacano y los Altos de Jalisco (Arias y Mummert, 1987).

La especialización suele ser más fina todavía. En el medio rural se recurre en general a tres formas de organización para la producción: el pequeño taller de maquila que se encarga de una determinada parte de un producto; el taller de pequeña industria que elabora todo el artículo de que se trate y lo vende terminado; y el trabajo a domicilio que suele encubrir trabajo familiar, o sea, la hechura individual por encargo de alguna etapa o de la fabricación total de un artículo. Si bien el trabajo a domicilio es una constante que se encuentra en infinidad de objetos en todo el occidente, en cada localidad hay cierto predominio de una y otra forma de organización para la producción (Arias, 1986). Esta situación que se relaciona con la especialización microrregional más amplia de la que forman parte las localidades y no con la naturaleza de los productos. Un buen ejemplo es el tejido de punto que, como se puede ver en el cuadro 1, en el noreste de Guanajuato se basa casi exclusivamente en el trabajo a domicilio y en el sur del mismo estado (Moroleón, Uriangato) se lleva a cabo en pequeñas industrias. En este sentido, se podría decir que en las localidades suele predominar la elaboración de un determinado artículo de una cierta calidad y una forma específica de organización para la producción.

No obstante la variedad de productos, la diversidad de formas de organización y la especialización microrregional que es posible documentar, el fenómeno en su conjunto presenta varias regularidades.

³ En verdad, se trata más bien de una expansión del mercado interno. La pequeña empresa del occidente exporta, por vías no convencionales, una gran variedad de artículos (desde joyas hasta muebles) que son del gusto de los mexicanos que residen en Estados Unidos, particularmente en Los Angeles, California. Un rubro fundamental de la vida mexicana allá que no es abastecido por la oferta norteamericana es el ceremonial: vestidos de novia, quince años, y sus accesorios (como los arreglos) son llevados en gran cantidad desde el occidente.

Cuadro 1
Estado, región, localidad, actividad y forma de organización de la manufactura rural en el occidente*

<i>Estado</i>	<i>Región</i>	<i>Localidad**</i>	<i>Actividad</i>	<i>Forma de organización predominante</i>
Aguascalientes	Sureste		Confeción de prendas de vestir (sobre todo vestió de niño y niña)	Taller
			Tejido de punto Blancos	Trabajo a domicilio
Guamajuato	Noreste ¹	San Luis de la Paz	Tejido de punto	Trabajo a domicilio
		Victoria		
		Xichu		
		Atarjea		
		Sta. Catarina		
	Sur	Dr. Mora		
		San José Iturbide		
		Tierra Blanca		
		Moroleón	Confeción de prendas de vestir (mujer)	Taller
		Uriangato		
Occidente	Sur	Jaral del Progreso		
		Purísima de Bustos	Zapato	Taller
	Occidente	Sao Fco. del Rincón	Tenis	
		Cd. Manuel Doblado	Confeción de prendas de vestir (hombre) Tejido a mano de prendas femenina e infantil	Taller de maquila Trabajo a domicilio

	San Fco. del Rincón	Sombrero Muebles de metal y plástico	Taller y trabajo a domicilio
	Cuerámara	Confección de prendas de vestir (hombre)	Taller de maquila
Centro	Irapuato	Confección de prendas de vestir (hombre: pantalón va- quero, pana, polilana)	Taller de maquila
	Celaya	Dnlce	Taller
Jalisco	Villa Hidalgo Encarnación de Díaz Ojuelos Teocaltiche Tepatitlán	Tejido de punto	Taller
	San Miguel el Alto Atotonilco el Alto	Confección de prendas de vestir	Taller
	Tepatitlán San Juan de los Lagos Valle de Goe. San José de Gracia	Deshilado o bordado de prendas de vestir y blancos	Trabajo a domicilio
	San Julián	Confección de prendas de vestir (pantalón de hombre) Fabricación de esferas na- videñas	Taller

Cuadro 1, continuación					<i>Forma de organización predominante</i>
<i>Estado</i>	<i>Región</i>	<i>Localidad**</i>	<i>Actividad</i>		
		San Diego de Alejandría	Confección de prendas de vestir	Taller	
		Arandas	Fabricación de esferas navideñas		
			Fabricación de dulce		
			Confección de prendas de vestir (vestido de mujer)	Taller	
			Fabricación de tacones		
			Fabricación de esferas navideñas		
			Productos lácteos		
			Calzado		
		Ayo el Chico	Confección de prendas de vestir	Taller	
	Altos/Centro	Zapotlanejo	Tejido de punto/bordado de blancos	Trabajo a domicilio	
			Deshilado de vestido		
Michoacán	Norte	Penjamillo	Confección de prendas de vestir (hombre)	Taller	
		Yurécuaro ²	Rosarios		
	Oecióente	San José de Gracia ³	Azahares parafinados		
			Productos lácteos		

Bajío zamorano	Sahuayo ⁴	Calzado Sombrero	Taller
	Ario de Rayón	Flores de migajón	
	Santiago Taugamandapio ⁵	Tejido de punto	Taller
	Jacona	Fabricación de esferas u- videñas	Taller
Cañada de los once pueblos	Purépero	Calzado	Taller
	Chilchota ⁶	Azahares garafinados	Taller
	Zapoco ⁷	Piezas de madera torneadas	Taller
	Urén ⁸ Tanaquillo ⁹	Flores de migajón	Taller
Meseta Purépecha	Nahuatzen Turicuaro San Felipe Nahuatzen ¹⁰ Comachuen San Juan Nuevo Paracho Ahuiran Aranza	Piezas de madera torneadas	Taller
		Guitarra	

Cuadro 1, conclusión

<i>Estado</i>	<i>Región</i>	<i>Localidad**</i>	<i>Actividad</i>	<i>Forma de organización predominante</i>
		Capacuaro	Muebles de madera	Taller
		Pichátaro		
		Pátzcuaro		
		Paraeho ¹¹	Juguetes de madera Accesorios de madera	Taller
	Oriente	Tlalpujahua	Fabricación de esferas na- videñas	Taller

* Siavo indicación, este cuadro se basa en recorridos y entrevistas en el periodo 1985-1987. Por ello, no es un listado exhaustivo que signifique que en otras poblaciones no se presente el fenómeno.

** Se indica el nombre de la cabecera municipal, pero las empresas están allí y también en pueblos y rancherías del territorio.

¹ Sandra Treviño, 1986 (ver bibliografía al final de este volumen).

² Información de Francisco Miranda.

³ Información del doctor Luis González.

⁴ Información de Victoria Forbes.

⁵ Ver artículo de Fiona Wilson en este volumen.

⁶⁻⁷⁻⁸⁻⁹ Luis Alfonso Ramírez, 1986 (ver bibliografía al final de este volumen).

¹⁰ Ver artículo de Lucia Garcia en este volumen.

¹¹ Ver artículo de Carlos Enríque Tapia en este volumen.

2. *Características de la diversificación rural*

Por lo general, aunque ya empiezan a surgir algunas modificaciones, se trata de actividades que elaboran bienes de consumo final, donde se ocupa mucha mano de obra o donde costea utilizar trabajadores en vez de máquinas; que obtienen sus materias primas de diferentes —y a veces alejados— mercados y por medio de variados mecanismos; que requieren de una tecnología, por lo menos inicial, bastante simple, disponible y barata. Dicho de otro modo, la manufactura rural actual depende mucho más de un contingente numeroso y barato de mano de obra y de servicios públicos mínimos (agua, luz, carretera) que de instalaciones costosas o fijas o de insumos que sólo son accesibles o rentables gracias a una infraestructura urbana centralizada (gas, petróleo, ferrocarril). Tampoco depende, como en los ejemplos históricos o más conocidos de industrialización rural, de la ubicación insustituible e inamovible de las fuentes de energía o del bien a explotar (mina, ingenio, cementera, textilera). De allí se deriva quizá buena parte de la notable flexibilidad de la manufactura rural, para ubicarse y adaptarse a las condiciones de muchas localidades y la facilidad para trasladarse.

Esas orientaciones hacia la producción de bienes de consumo y la ocupación de mucha mano de obra tienen consecuencias que son también características de la manufactura rural: la extrema sensibilidad a los altibajos del mercado, la flexibilidad en el uso de la mano de obra y el incumplimiento de la legislación laboral.

Se puede decir, y con razón, que el sometimiento a los avatares del mercado no es exclusivo de la manufactura rural. En cambio lo puede ser el carácter y la magnitud del impacto de esos avatares: por la especialización de pueblos y ciudades, una modificación del mercado puede llegar a afectar a toda una comunidad. Esto ha sucedido, por ejemplo, en 1986 y 1987 con una prenda de tejido de punto. Después de varios años de auge, la ropa deportiva (*pants*) pasó de moda, lo que acarreó graves problemas a los pueblos donde existía ese tipo de talleres (sur de Guanajuato, Altos de Jalisco, bajío zamorano).

La flexibilidad e inestabilidad del trabajo es seguramente la principal respuesta que se ha encontrado para hacer frente a las fluctuaciones del mercado de los productos. De un modo que

recuerda los primeros años de la industrialización tapatía, y que hoy sería casi imposible en la ciudad, con enorme facilidad los obreros rurales son incorporados o despedidos del empleo de acuerdo con los ciclos y las situaciones del mercado y sin que se les reconozca derecho alguno. Como un termómetro muy sensible, el mercado de trabajo resiente y se adecua, casi cotidianamente, a los cambios previstos o no del mercado. El paraíso perdido del empresario urbano: adaptar la cantidad de mano de obra a la estacionalidad de la demanda.

A la flexibilidad respecto a la cantidad de mano de obra empleada, se añade la ausencia de un sistema legal de salarios y prestaciones. Como es bien sabido, la forma más usual de retribución es el destajo (una cantidad de dinero fija por tarea, por pieza) calculado de tal modo que el pago resulta inferior al salario mínimo general vigente en cualquier momento. Además, es usual que no se afilie a los trabajadores en el Seguro Social y que tampoco gocen de otras prestaciones legales (Infonavit, pago por antigüedad, vacaciones, aguinaldo). Sin embargo esta situación ha ido cambiando y los patrones han empezado a otorgar selectivamente algunas prestaciones que tienen como telón de fondo a la Ley Federal del Trabajo: en navidad suelen otorgar una especie de aguinaldo, pagar una cantidad por las vacaciones, conceder un descanso de varios días en diciembre, costear la atención médica y las medicinas. Ya es muy frecuente que los obreros sean atendidos gratuitamente por un médico, pariente o amigo del propietario de la empresa, en los consultorios o en los mismos talleres. Al mismo tiempo han surgido demandas y prestaciones a partir de las condiciones específicas de trabajo y de relación entre patrones y trabajadores: maneras para cambiar o quedarse en un puesto, permisos, celebraciones.

Como quiera que sea, es indudable que en toda la región el desarrollo de la manufactura ha significado la creación y expansión de los mercados de trabajo en las propias localidades rurales. Creación y expansión que tiene hasta ahora fuertes matices regionales y por sexo. Aunque sin duda ha habido un incremento del empleo masculino asalariado (sobre todo en la meseta purépecha, en las zonas de producción láctea, en las de calzado y sombrero), éste ha sido mucho más generalizado para las mujeres. Con base en una comparación de los censos de población de 1970 y 1980 Gail Mummert (1987) ha comprobado

que en ese decenio se duplicó el porcentaje de mujeres guajuatenses y jaliscienses rurales en la población económicamente activa (52 y 50 por ciento respectivamente). Hoy por hoy, en un pueblo de 3 000 habitantes como Santa María del Valle en los Altos de Jalisco hay casi cien obreras en las cinco fábricas de esferas navideñas de vidrio soplado y otras cien empleadas en los seis talleres de confección de ropa de niños y en el trabajo a domicilio de deshilar pechera para vestido (Arias y Mummert, 1988).

A diferencia también de los ejemplos más conocidos de industrialización rural, donde se trataba de alguna gran industria, por lo regular añosa (textilera, minera) incrustada en el paisaje y la vida rurales (Durand, 1986; Sariago, 1978), la manufactura actual se basa en la existencia de un sinnúmero de pequeñas empresas, en gran medida familiares, que parecen organizarse de acuerdo con los avatares del ciclo y las situaciones domésticas más que a partir de los impulsos de la acumulación de capital.

Quizá ésta no sea toda la explicación, pero de lo que no parece haber duda es que otra característica de las actividades mencionadas es la tendencia hacia la fragmentación y la proliferación horizontal de los establecimientos más que hacia el crecimiento vertical y la consolidación de grandes empresas.

Como se ha dicho, en la región occidental esta orientación general hacia la diversificación de las actividades económicas de las ciudades medias y menores ha representado al mismo tiempo un proceso de especialización microrregional; sin que se haya abandonado la agricultura o la ganadería, en muchas comunidades —urbanas o rurales— se cuenta con una o dos actividades que la distinguen de las demás y a partir de las cuales se han generado nuevos vínculos con su entorno rural más cercano o incluso con localidades rurales más alejadas. Así, la diversificación de actividades económicas con especialización microrregional podría ser una de las respuestas más originales y exitosas de la sociedad rural para encarar o eludir la crisis agrícola y el deterioro de la condición agraria sin tener que abandonar definitivamente sus terruños. Respuesta que fue posible gracias a la convergencia de varios procesos que han convertido al área rural en un ámbito propicio para que la gente de diferentes niveles socioeconómicos pueda producir, invertir, vivir.

II. Cambios y convergencias

1. *Comunicaciones y servicios*

La constancia del Estado por desarrollar la comunicación por carretera ha dado y acumulado resultados: hoy en día el occidente cuenta con buenos y numerosos caminos. Con todo, los estados de Jalisco y Guanajuato han sido los más favorecidos; Michoacán, el menos.

Como es bien sabido, una carretera nueva que reduce por lo menos a la mitad el tiempo de traslado entre dos poblaciones puede desarticular las relaciones y los mecanismos de intercambio tradicionales entre localidades pero, simultáneamente, permitir nuevos desplazamientos, contactos y transacciones.

Así las cosas, desde el punto de vista de la ciudad —una metrópoli o una ciudad media— las zonas rurales se han acercado en tiempo y se ha reducido el costo del transporte. El tiempo (40 minutos) y el dinero que invierte un industrial de León para ir cotidianamente en automóvil a su maquiladora en un pueblo de los Altos de Jalisco no debe ser superior al que gasta un habitante del Distrito Federal en llegar a su trabajo.

El otro ángulo de la situación es que con la carretera los lugareños ya no están tan sometidos a la arbitrariedad de los comerciantes del pueblo o de la ciudad más próxima. Esto se advierte claramente en Guanajuato. En la región del Bajío los autobuses foráneos se convierten en interurbanos para la gente que sube y baja en las diferentes ciudades en busca de los precios y productos que más le convengan. La carretera —que ha acercado aún más las ciudades entre sí— resulta entonces una amenaza para la especialización puramente comercial de las ciudades. Quizá por eso en Guanajuato no hay una ciudad reconocida únicamente como comercial. La carretera también acerca a la población rural una serie de servicios urbanos: telégrafo, teléfono, bancos, atención médica y medicinas, escuelas. Con todo, la gente procura y se organiza para tener cada vez más servicios en sus poblados: luz, agua, gas, pavimento, drenaje, escuelas.

El paso de la carretera por una localidad puede, además, ayudar a la comercialización directa de sus manufacturas e incluso convertirla en un centro de distribución de los productos de otros lugares. En un primer caso estaría, por ejemplo, Santa María

del Valle en los Altos de Jalisco; en las tiendas de la carretera se consiguen los productos lácteos de su treintena de queserías y cajeterías e incluso los vestidos deshilados para niños que se han empezado a fabricar en el pueblo. En el segundo caso se podría mencionar Capacuaro, Michoacán, donde se venden los muebles de madera de esa localidad y los de otras comunidades más inaccesibles de la meseta purépecha.

La infraestructura de comunicaciones y servicios que existe en las ciudades medias y en las localidades rurales resulta, si no óptima, por lo menos suficiente para las necesidades bastante elementales de la manufactura, donde el elemento indispensable es la electricidad.

En esta nueva situación del medio rural (cercanía, servicios básicos) cobran mayor sentido y atractivo otras ventajas de los pueblos y pequeñas ciudades: amplios terrenos a precios reducidos, rentas bajas, facilidad para pasar inadvertidos frente al gobierno, impuestos, seguro social y los sindicatos (todavía es más sencillo el control obrero y la mordida urbanos), apoyo o tolerancia de las autoridades locales y acceso a un filón abundante, generoso, novato y en muchos casos calificado de mano de obra.

2. La carencia de empleos

La precariedad del empleo y el intercambio desigual agrícolas más una fecundidad todavía relativamente alta, han provocado, se dice y se reitera, desempleo y subempleo rurales, pobreza, migración. En estas condiciones la oferta de empleo manufacturero en las localidades rurales ha sido muy bien recibida.

Así, salvo las restricciones sociales que definen el ingreso y la salida de las trabajadoras, los talleres disponen de una oferta constante de jóvenes solteras; con alguna escolaridad (a veces hasta secundaria completa); nulas o escasas posibilidades de trabajar fuera de su pueblo; sin experiencia laboral fuera del hogar; herederas de una tradición de trabajo familiar y resignación femenina que se combina ahora con nuevas pretensiones y exigencias orientadas hacia el consumo; es, en suma una mano de obra cautiva y agradecida.

Existen algunos talleres de confección o tejido de prendas que incluso se han beneficiado de la existencia de una mano de obra calificada. Las clases de corte y confección o tejido que

son impartidas por una señora del pueblo, una religiosa o en algún momento se ofreció por el DIF o de las misiones culturales de la SEP, han producido seguramente más propietarias de talleres, encargadas, supervisoras, modelistas y obreras que varios magnos y publicitados programas oficiales de empleo rural.

La escuela técnica agropecuaria es la modalidad oficial que más reciente y eficazmente ha contribuido a la diversificación económica rural. Sin duda en los próximos años se encontrarán muchas más pequeñas empresas de ex alumnos de esas escuelas de la SEP que se basan y reafirman en las tradiciones locales de trabajo no agrícola.

En contraste con el hincapié en la abundancia de trabajadoras, la disponibilidad local de materias primas parece desempeñar un papel menor en el desarrollo y localización de la manufactura actual. Hasta ahora los principales ejemplos donde se da esa relación son los de la leche para los productos lácteos y el bosque para los muebles y objetos de madera.

Aunque no siempre sea tan nítida la relación entre las actividades actuales y las calificaciones previas o las materias primas de una localidad, sí se puede pensar que el desarrollo de la manufactura ha sido favorecido por ciertas tradiciones rurales de trabajo no agrícola.

3. *Las tradiciones rurales de trabajo no agrícola*

En el occidente no se encuentra la variedad y antigüedad de experiencias industriales rurales de gran escala que se han documentado en otras regiones del país y que han contribuido de manera bastante directa al surgimiento de la manufactura que hoy las caracteriza: en la elaboración de prendas de vestir de Santa Ana Chiautempan en Tlaxcala o en Chiconcuac en el Estado de México es fácil reconocer el sedimento de una añosa industria textil (López, 1977; Creel, 1977).

En contraste, la tradición de trabajo no agrícola en el occidente ha sido sobre todo de pequeña escala, fincada en la manufactura, la artesanía que se realiza en el taller familiar y sobre todo el trabajo femenino a domicilio.

Las manufacturas del sarape, la cerámica y el rebozo daban trabajo y fama a las localidades donde se hacían más por la muí-

tiplicidad de talleres que por el renombre de uno solo. Eran reconocidos los sarapes de Tapalpa en Jalisco, los de San Felipe en Guanajuato o Santiago Tangamandapio en Michoacán. La gente apreciaba y distinguía las cualidades de la loza de Manuel Doblado o Dolores Hidalgo en Guanajato. Las mujeres identificaban inmediatamente un rebozo de Zamora, La Piedad o Moroleón, manufactura donde la división del trabajo incluía una parte que se hacía a domicilio: mujeres de los ranchos cercanos a cada centro manufacturero se encargaban de empuntar los rebozos, es decir, de hacer las figuras de los flecos.

Pero la modalidad de trabajo más difundida era la artesanía, es decir, la elaboración de un objeto por una misma persona, con muy poco auxilio tecnológico pero con mucha colaboración familiar: en cada comunidad había carpinteros, herreros, talabarteros, zapateros que abastecían la demanda de sus coterráneos. Pero había también comunidades especializadas en alguna artesanía que tenía un bien merecido reconocimiento regional. Ciertamente Michoacán fue el estado pionero en la especialización local y la complementariedad regional de las artesanías sobre todo indígenas: comunidades alfareras, textiles, de objetos de cobre, de madera (González, 1980).

El trabajo femenino tiene también una raigambre regional, sobre todo en las regiones mestizas. Al ejemplo de los rebozos habría que añadir la venta o los encargos ocasionales que aceptaban las mujeres para confeccionar a mano las prendas que eran características de cada localidad: en una predominaba el punto de cruz, en la otra el gancho, en la de más allá el deshilado. Artesanía de venta hoy por hoy cada vez más estable, generalizada y cambiante: desde hace años ha sido promovida por alguna compradora local o regional.

Ciertamente la manufactura, la artesanía y el trabajo a domicilio fueron el blanco de la expansión de la industria urbana y los cambios culturales. Con todo, esos quehaceres significaban mucho más que los productos que elaboraban: se trataba de un sistema de organización y división del trabajo basado en gran medida en la colaboración familiar, en la distribución de tareas por edad y sexo con inclusión de mujeres y niños. Eran una historia y una cultura rurales del trabajo no agrícola que de algún modo parecen haber incidido en las pautas de la diversificación actual.

Otra tradición que ha actuado en este mismo sentido es la de trabajar al margen de la injerencia estatal en la doble vertiente del apoyo y el control. Tradición muy arraigada, sobre todo en Jalisco y Guanajuato, que la ineficiencia y la corrupción estatales han contribuido a mantener y exacerbar en todos los niveles de las sociedades locales y que legitima las maneras de actuar de las nuevas actividades económicas: la independencia frente al gobierno sigue siendo un valor compartido en los diferentes niveles de la sociedad regional.

Todas estas tradiciones encajan en el modelo de diversificación económica basado más en la organización familiar y las relaciones directas que en la sociedad anónima y los acuerdos impersonales, que hace hincapié en el empleo y no en la tecnología.

4. *La tecnología*

En lo que va del siglo, la innovación tecnológica en la región ha sido mínima. Un ejemplo es la confección de ropa, una de las actividades más generalizadas, y en las demás ramas de la manufactura rural la situación no debe ser muy distinta. Esto significa que no hay maquinaria cuya obsolescencia impida o vuelva absolutamente antieconómico su uso. Lo que se observa más bien en los talleres es la agregación y coexistencia de máquinas de diferentes épocas, calidad, usos y eficiencia. Y es que frente a las veleidades de la moda, a las que está sometida buena parte de la manufactura rural, lo fundamental es tener gran flexibilidad para adaptarse: para ello nada mejor que maquinaria esencial y versátil y mano de obra abundante, barata, maleable, y prescindible. Un ejemplo, el zapato *top sailer*, de gran moda entre las adolescentes en estos últimos años, lleva varias costuras gruesas y superpuestas en los cortes. Para lograr el efecto preciso resultó mucho más fácil, barato y rápido ofrecer esa costura al trabajo a domicilio: innumerables mujeres "de rancho" recibían en sus localidades los cortes provenientes de los talleres de San Francisco del Rincón, Guanajuato. El precio del trabajo a domicilio era de 115 pesos por par en marzo de 1987 y el precio de mayoreo de un par de *top sailer* en la misma fecha era de 7 000 pesos en San Pacho. Sin embargo la moda ya ha declinado: dentro de poco nadie comprará ese tipo de calzado que será sustituido por un modelo seguramente muy distinto. En estas condiciones, a

nadie le hubiera convenido comprar una máquina especial que no se volverá a requerir quizá en un buen tiempo.

En toda la región fluye información básicamente informal sobre tecnología y existe un mercado muy dinámico de venta, renta y préstamo de maquinaria. A la que ofrecen el comercio establecido y los talleres de Guadalajara, Aguascalientes, León, Morelón, Irapuato o San Francisco del Rincón se agrega la que circula por la incansante transformación de talleres rurales: quiebras, ocasiones para invertir, reducciones que promueven préstamos, fragmentación de empresas, separación de socios que se llevan parte de la maquinaria.

5. Los empresarios y el capital

Sin duda la salida de los occidentales en busca de trabajo o educación ha contribuido a destruir los mitos de que la industrialización requería sólo de tecnología compleja y nada podía prosperar fuera de las grandes ciudades. La migración ha sido una promotora de la diversificación económica rural.

Como es bien sabido, los habitantes de la región, sobre todo los hombres, tienen una larga tradición migratoria en dos direcciones y destinos: hacia las regiones y trabajos predominantemente agrícolas de los Estados Unidos y a los empleos urbanos de las ciudades de Guadalajara y México. Ha sido sobre todo en estas últimas donde los migrantes descubrieron que con habilidad y atención era fácil aprender el manejo de máquinas y, lo más importante, conocer las operaciones de algún tipo de taller y a relacionarse con ese medio. De allí al retorno al terruño —donde todo es más barato y donde ahora hay también “comodidades”— había un paso, que se dio con frecuencia cuando los patrones urbanos o algún comerciante conocido garantizaron el mercado y proporcionaron maquinaria o capital.

Otro filón de empresarios rurales no agrícolas ha surgido como consecuencia de la rigidez de la estructura social urbana en general y quizá un poco más todavía para estudiantes de origen rural o incluso urbano pero con antecedentes familiares en la región. Hoy por hoy abundan los talleres de profesionales que no encontraron en la ciudad un empleo o un nivel de ingresos acorde con sus calificaciones o sus ambiciones. Gentes que com-

binaron habilidades y tradiciones locales con las exigencias de diferentes mercados urbanos.

Con el surgimiento de la cultura manufacturera local y la multiplicación de los establecimientos, ambos tipos de quehaceres han pasado a formar parte de las estrategias de reproducción y diversificación económicas de diferentes grupos sociales rurales. Los negocios que han surgido como herencia en vida de algún próspero agricultor para promover la independencia de sus hijos o la ex obrera que una vez casada incursiona desde su casa en la confección de ropa, son los extremos de una variedad de maneras de iniciarse en actividades que ya han empezado a acuñar su propia tradición. Hacia ellas ha empezado a fluir también el dinero de la migración a Estados Unidos, y que hasta la devaluación del peso había encontrado sus límites en la actividad agrícola, la construcción de casas o la miscelánea (Durand, 1988). Gracias a estas nuevas actividades ha comenzado a ser posible regresar al terruño no sólo a irlo pasando sino a trabajar y a dar trabajo: el dinero y la inversión migrante han sido desde 1982 potenciados por la devaluación.

No obstante la variedad de los orígenes social y financiero que ha nutrido el desarrollo de la manufactura hay un elemento en común: sus protagonistas son gente de las mismas comunidades o de la región; incluso en aquellos que han regresado a los pueblos y ciudades se reconocen antecedentes locales bastante inmediatos. La región parece seguir siendo o empezar a ser de nuevo ámbito y refugio para el quehacer de sus pobladores.

Con todo, este proceso de diversificación económica rural no ha estado huérfano de interesados apoyos externos: a muchos productores y comerciantes urbanos la ruralización les ha parecido como una buena manera de mitigar los costos crecientes de la manufactura en la ciudad —salarios, prestaciones, servicios, impuestos, “mordidas”— y la rigidez organizativa, sobre todo en cuanto a la mano de obra contratada. En fin, parecería aproximarse el fin de la viabilidad urbana para un tipo de empresa y empresario de la ciudad.

Pero este escenario diversificado que se le presenta al investigador que sale al campo no es únicamente un fenómeno económico. En verdad, el mundo rural occidental de hoy es testimonio y anuncio de las profundas modificaciones que se han suscitado y seguirán sucediendo en la relación campo-ciudad y

en el papel de las ciudades medias y pequeñas; del surgimiento a nivel local y regional de nuevos grupos y agrupamientos sociales que requieren, buscan y promueven formas originales y propias de relación entre sí y con otros sectores y niveles de la sociedad; de un proceso de cambio que ha llegado a los ámbitos más pequeños pero también fundamentales de la organización social regional: la familia, la pareja.

III. En los setenta

1. *La ciudad, ámbito indiscutido del cambio*

Los estudios de los años setenta dejaron no sólo resultados de investigación: plasmaron una manera de percibir y entender el cambio en la sociedad y en la economía rurales. Aunque siempre de manera implícita, la clave para comprender lo que sucedía —y presumiblemente acontecería— en la vida rural estaba en la ciudad: las necesidades y veleidades de la economía urbano-industrial eran el motor que definía el ritmo y la dirección de los cambios en el medio rural. El polo dinámico —por lo menos el más visible— de la acumulación de capital estaba en la metrópoli: en las oficinas de algunas secretarías de Estado y en las de las grandes compañías.

De allí el hincapié en la dicotomía funcional entre la ciudad y el campo para entender la relación entre aquella y éste. El argumento es conocido. La ciudad, sede de la centralización estatal y económica, era también el ámbito indiscutido de la transformación, de la industrialización: allí se elaboraban todos los artículos que requería el mercado interno al que se incorporaban día con día, aunque de manera precaria, los campesinos. La competitividad de los productos industriales urbanos, se decía, causaba la desaparición de las actividades de transformación en pueblos y ciudades menores: los campesinos se pasaban a la fila de los consumidores de la industria urbana. El campo, despojado de sus quehaceres complementarios, se centraba en lo fundamental; cultivar los productos agrícolas básicos para las necesidades de la población urbana (en crecimiento y subsidiada), de los que se requerían como insumos para la industria urbana, también subsidiada y, por si fuera poco, los productos agrícolas de ex-

portación con los que se obtenían las divisas para pagar las importaciones de bienes de capital de la industria y otros gastos de la sociedad urbana.

El análisis reconocía en todo momento la desigualdad de ese intercambio en detrimento del campo. Frente a ello, los campesinos aparecían como las víctimas indefensas, en cualquier caso estáticas, de esa condición de productores agrícolas a la que los sometía la ciudad y sus mecanismos expoliadores. Pero había quizá algo más. Detrás de la dicotomía funcional y la subordinación de lo rural, estaba de algún modo la concepción de que en la sociedad campesina, salvo localizadas y bien conocidas excepciones, no se generan relaciones capitalistas. La noticia de que las transnacionales productoras de alimentos balanceados eran las que promovían la sustitución del maíz por el sorgo en el bajo guanajuatense, la comprobación de que otras transnacionales participaban en el cultivo y procesamiento de la fresa en el valle de Zamora o de la intervención estatal en la promoción de la modernización agrícola, avalaban la idea de que los cambios y las nuevas situaciones agrícolas provenían del exterior de la sociedad agraria; eran, como se decía en esos años, resultado de la penetración de formas capitalistas en la economía campesina. Así las cosas, era más fácil aceptar —y fue más documentado— que un campesino se hiciera rico y conocido como acaparador o cacique que como empresario agrícola o pecuario.

Sin embargo, a la luz de los fenómenos que se han desencadenado en el occidente rural en estos últimos años, de los cuales la manufactura es apenas una parte, se puede pensar que los campesinos no sólo fueron víctimas de las razones y condiciones estructurales o testigos inmutables de las transformaciones de su vida y su entorno. Mientras la academia y el gobierno insistían en contrarrestar los problemas rurales por las vías agraria y agrícola (colectivización, redistribución de la tierra, recuperación de los recursos comunales —agua, bosque— control del caciquismo y la corrupción oficial, precios agrícolas justos), los campesinos empezaron a jugársela por la diversificación en un doble sentido: promover la transformación y mercantilización de otros recursos y habilidades tradicionales e introducir o aceptar nuevas actividades económicas que proporcionarían empleo local.

Con la diversificación, los campesinos han puesto en entredicho la dicotomía funcional entre el campo y la ciudad e inclu-

so el principio de que la industrialización moderna requiere de una base urbana que sólo existe en las grandes metrópolis.

2. *La inercia artesanal*

La discusión antropológica de la década pasada que más se aproximó a los quehaceres no agrícolas o complementarios de la población rural, fue la que se suscitó en torno a la artesanía (García, 1975; Novelo, 1976). Como es bien sabido, la noción de que el desarrollo capitalista tendía a aniquilar la producción artesanal estaba bastante generalizada.

No obstante, en algunas comunidades rurales y ciudades pequeñas se comprobó que la producción de ciertos artículos u objetos estaba en pleno auge. En los pueblos michoacanos de Capula y Cuanajo, por ejemplo, prosperaba la elaboración de objetos de barro y de muebles, respectivamente (Novelo, 1976). Poco después se documentaba con detalle la notable expansión de las prendas tejidas en Santa Ana Chiautempan en Tlaxcala y en Chiconcuac en el Estado de México (López, 1977; Rodríguez, 1977; Creel, 1977).

El auge y la expansión se atribuían, en un nivel general e implícito, al Estado. La promoción artesanal era una manera barata de proporcionar empleo adicional y así mitigar el deterioro económico campesino; de arraigar a la población rural y de ese modo reducir la migración hacia la ciudad; de mantener vivas tradiciones artísticas que formaban parte de la ideología nacionalista (Novelo, 1976). Tales auge y expansión también se explicaban por la existencia y persistencia de añosas tradiciones artesanales locales. Cuanajo y Capula formaban parte de ese magnífico y viejísimo proyecto diversificador y complementario de don Vasco de Quiroga; en Santa Ana y Chiconcuac se hablaba todavía de los viejos artesanos y talleres textiles.

De este modo, los nuevos fenómenos que se comprobaron con mayor o menor intensidad en todos los ejemplos —generalización del trabajo asalariado, aparición del trabajo a domicilio, fragmentación de los procesos productivos y surgimiento de nuevas formas de articulación entre los talleres —se interpretaron más en función de las inercias y posibilidades del pasado artesanal que en relación con los cambios y nuevos impulsos de la condición actual de esas localidades. En verdad, el material

etnográfico de esas investigaciones sugiere que las actividades estudiadas formaban parte del fenómeno manufacturero rural que hoy se ha generalizado mucho más.

La elección de las localidades donde las actividades productivas no agrícolas reconocían un pasado artesanal en el mismo giro marcó la investigación posterior en un doble sentido. Hasta hoy los quehaceres no agrícolas de la gente del campo se siguen identificando con la artesanía. En verdad, debido a esta aparente continuidad de fenómenos se tiende a omitir el análisis detallado del ejemplo que se encuentra y a dar por sobreentendido su impacto socioeconómico y político en la sociedad local.

3. *La ciudad comercial como límite y modelo*

Otra constante que hoy llama la atención en los estudios, por lo menos en los antropológicos de la década pasada, es la ausencia de un análisis detallado del ámbito urbano inmediato de las comunidades rurales estudiadas: la ciudad media o pequeña a la que de una u otra manera se vinculaba a la vida campesina. Las excepciones serían el estudio pionero de Andrés Fábregas y su equipo sobre las ciudades alteñas de Jalisco (García, 1975; Espín y De Leonardo, 1978; Martínez y Gándara, 1976) y el de Virginia Molina (1976) sobre una ciudad de los Altos de Chiapas.

Quizá por el supuesto, muy en boga en esos años, de que la acumulación de capital era un proceso homogeneizador que diluía variaciones y diferencias, y quizá también por la concepción de que el dinamismo estaba concentrado en las metrópolis, no se consideraba que las ciudades menores tuvieran lógicas y especificidades propias y distintas así como diversas maneras de relacionarse con su entorno campesino.

Más bien se suponía que todas cumplían con mayor o menor éxito, un papel similar: ser intermediarias económicas y políticas que facilitarían la extracción de los recursos agropecuarios de cada región y garantizarían la introducción de los bienes manufacturados de la sociedad urbana y de los paquetes —privado y público— con los que se procuraba alcanzar la modernización agropecuaria. La ciudad media era el ámbito de vida y de acción de los sectores sociales rurales prolijados por el estado revolucionario: el cacique, el funcionario, el acaparador, el comerciante.

La ciudad comercial como modelo y límite: el intermediario económico y político como la principal figura urbana.

Qué tan certera y generalizada fue esta imagen implícita de las ciudades medias y pequeñas enclavadas en territorios agrícolas es algo que sólo nuevas investigaciones podrán dilucidar. Por lo pronto los estudios actuales sugieren que el proceso de diversificación y especialización económicas en ese tipo de ciudades se inició desde la década de los setenta en diferentes lugares del país (García, 1975; Creel, 1977; Leñero, 1984; Ramírez, 1986; Rodríguez, 1977). Dicho proceso que ha supuesto la redefinición de las relaciones de la ciudad con su entorno rural sobre bases múltiples y multidireccionales y no meramente comerciales y exclusivas.

Un ejemplo guanajuatense, Ciudad Manuel Doblado y San Francisco del Rincón son municipios colindantes que tienen en común el cultivo comercial del trigo y del sorgo y la explotación porcícola de engorda. Sin embargo, desde hace diez o quince años han empezado a profundizarse y destacarse algunas diferencias. En Doblado prosperan la maquila y la confección de ropa a domicilio. A partir de este último, se ha ampliado notablemente el mercado de trabajo para las mujeres de las rancherías del municipio. A su vez, Manuel Doblado, San Francisco y León son los mercados en que se colocan las prendas que se tejen a mano en los ranchos y en el propio Doblado. San Francisco, por su parte, es hoy un famoso centro productor de sombreros, calzado y salas de alambrón forrado con plástico, que ha creado una vasta zona rural de trabajo a domicilio: en las rancherías y pueblos se observa cotidianamente a las mujeres que tejen sombreros, respuntan calzado o forran muebles para los talleres de San Pancho. El área franciscana incluye ahora parte de los municipios de Doblado y de San Diego de Alejandría en los Altos de Jalisco.

La diversificación especializada ha puesto en marcha otro proceso: la aparición en las ciudades medias y pequeñas de una serie de servicios comerciales y técnicos relacionados con la actividad que ahí ha arraigado y que representa, a su vez, una nueva vertiente de ocupación local a diferentes niveles; como establecimientos que venden materias primas, maquinaria o refacciones; que arreglan máquinas, reparan o transforman vehículos; ampliación de los servicios de transporte público, bancarios.

Pero no sólo eso. La especialización ha empezado a demandar una serie de servicios profesionales que han atraído nuevos y buenos profesionales a la región y ha ampliado el espectro de carreras atractivas que promueven el retorno de los lugareños.

Por otra parte, la distribución de manufactura rural siempre ha sido en pequeña escala, lo que ha creado un sector comercial local especializado en sacarlos a otros mercados, además de los comerciantes foráneos que acuden a comprar a los talleres de pueblos y ciudades (los fabricantes no desdeñan al comprador que sólo pide seis pares de zapatos o una docena surtida de vestido). La crisis actual ha provocado que las ventas en pequeña escala sean cada vez más comunes por un lado porque a los fabricantes se les han cerrado otros canales y necesitan vender muy rápido para no perder, y por otro, debido a que las familias necesitan incluir cada vez más trabajos para poder sobrevivir. Cada día se ve más gente —sobre todo mujeres— iniciarse en la compra de artículos al contado para venderlos luego en abonos, que es una forma muy usual de complementar ingresos en familias no especializadas en el comercio.

En las ciudades manufactureras reconocidas como centros comerciales de mayoreo se ha suscitado además una impresionante expansión de otros servicios regionales y locales en pequeña escala. A Irapuato, por ejemplo, llega cotidianamente gente de todo el país a tomar el autobús que sale cada veinte minutos rumbo al remoto y afamado Moreleón. En esa pequeña e invariadamente atestada ciudad del sur guanjuatense la venta de todas las variedades y calidades de ropa exterior de mujer se complementa con una serie de servicios baratos y eficientes: lugares para comer y refrescarse, cargadores, venta de equipaje.

Hoy por hoy es ampliamente reconocida la especialización comercial de ciertas ciudades a partir de la manufactura que distribuye o recoge de su región. Así las cosas, Irapuato no es sólo la ciudad de las fresas sino también el lugar donde se consigue la mayor variedad —y el menor precio— de pantalón de hombre; la ciudad de Aguascalientes, Villa Hidalgo y San Miguel el Alto, en los Altos de Jalisco, y sobre todo el remoto Moreleón, son afamados y concurridos centros de venta de la ropa femenina de confección y de prendas de tejido de punto. San Francisco del Rincón en Guanajuato y Sahuayo en Michoacán seguramente se disputarán el primer lugar en la elaboración y venta de som-

breros pero sin duda los “francorrinconeses” son los más reconocidos por el tenis y los sahuayenses por el huarache y la sandalia femenina; el zapato escolar ha encontrado por fin su territorio en Purísima de Bustos, Guanajuato. A partir de la manufactura, los occidentales han reinventado el comercio regional y han recreado sus vínculos y relaciones con la sociedad y economía extrarregionales.

Esta diversificación con especialización en las actividades económicas muestra que hay en marcha un proceso complejo y dinámico de diferenciación de ciudades medias y pequeñas entre sí y de redefinición de cada uno con sus entornos rurales. Pero el proceso no afecta sólo sus relaciones exteriores. Al mismo tiempo anuncia y representa cambios en la estructura económico-social de cada localidad.

4. Intereses y grupos locales

Con la diversificación se han multiplicado las maneras de hacerse rico, pobre o de ir pasando de un modo no previsto por el esquema agrícola-comercial de sociedad rural. Los agricultores y ganaderos han tenido que aceptar en sus filas (o incluso pasarse a ellas) a los que han hecho sus centavos en otros quehaceres: dueños de talleres, porcicultores, comerciantes especializados, profesionales.

Esta burguesía rural no sólo se nutre de varias fuentes sino que además se organiza en función de los recursos y relaciones locales y no tanto de los que provienen del exterior. En este sentido, la nueva burguesía escapa a la conceptualización del Estado y al mismo tiempo a los instrumentos de apoyo y control que definen la relación con el campo: lo rural como ámbito de lo agrícola que se promueve, encauza y controla con intermediarios —públicos y privados— y mecanismos orientados a la producción agrícola (créditos, agua, compra de los productos).

En verdad, la burguesía rural actual ha empezado a crear sus propios sistemas locales, regionales y extrarregionales de financiamiento, abasto, organización y mercado en función de su diversificación. Con la especialización se han empezado a crear organizaciones que se basan en su especificidad como productores y por medio de las cuales se han puesto en marcha proyectos eco-

nómicos regionales de apoyo común (fábricas de insumos, talleres de reparación y mantenimiento de maquinaria). Además, las asociaciones tienden a convertirse cada día más en centros de información y capacitación técnica y sobre todo en ámbitos de discusión y de acuerdos políticos que guían las demandas regionales del sector. A partir de cada actividad se ha tendido una amplia y densa red por donde circulan la información, las novedades y los acuerdos: los fabricantes de un artículo siempre conocen la situación de sus homólogos en otras regiones.

Así, la diversificación ha favorecido el surgimiento de grupos económicos y sociales rurales cuya riqueza o sobrevivencia no dependen de la tierra ni de lealtades políticas en torno a ella y que, por lo tanto, no se identifican ni son interpretados por el proyecto y las instituciones estatales en el campo. Son sectores que se organizan con base en su especificidad productiva y resuelven o arrastran sus problemas al margen de las organizaciones y mecanismos tradicionales de intermediación política. Aunque en algunos lugares puedan todavía sobrevivir, el ocaso de funcionarios y caciques, tan ineludibles en la vida rural hasta hace poco, parece haber comenzado.

Junto a una burguesía diversificada ha surgido un mercado de trabajo que aunque heterogéneo y disperso tiene también varias regularidades: es marcadamente femenino, juvenil, sin trayectoria laboral, mal retribuido, con alguna posibilidad de movilidad social. Es un mercado de trabajo basado en relaciones muy personales entre los patrones y los trabajadores que se erige sobre dos acuerdos básicos: que los trabajadores acepten la inestabilidad de su empleo y los patrones respeten y se adecuen a las restricciones sociales locales, sobre todo aquellas que surgen de las relaciones tradicionales de género, es decir, que permitan a la trabajadora seguir teniendo como valor el matrimonio y valor en el mercado matrimonial.

No cabe duda de que en el medio rural está en marcha un proceso de proletarización distinto del de las previsiones de hace quince años. Ello es así porque la gente se ha proletarizado en sus propias localidades pero no en la agricultura sino en los talleres y en el trabajo a domicilio y no han sido sólo los hombres sino sobre todo las mujeres las principales empleadas para esos nuevos trabajos. Desde sus ámbitos y sus peculiaridades este proceso ha empezado a mostrar carencias e inercias y a convertirlas

en demandas a los patrones y a suscitar cambios en las unidades familiares.

La diversificación como estrategia de capitalización, de trabajo o de empleo rural es identificada como un proceso endógeno, como una fórmula propia y eficaz que reivindica la independencia y la capacidad locales frente al Estado.

No obstante, hay que reconocer que la diversificación económica rural ha estado presente en los proyectos gubernamentales federales y estatales de los últimos años. Ya todo el mundo sabe que con el apoyo a las artesanías y más recientemente a los programas para la mujer campesina o la recuperación de tecnologías y actividades tradicionales es posible matar varios pájaros de un tiro: promover el empleo rural, sobre todo el femenino; atenuar la migración; mantener viva una artesanía e incluso, con suerte, exportar sus productos y de ese modo, por qué no, contribuir a mejorar la balanza de pagos. Se supone por supuesto que nada de esto ha sucedido en el campo. Con todo, el resultado de las iniciativas estatales ha sido, en el mejor de los casos, restringido.

Como es bien conocido, en cualquier ciudad media proliferan las oficinas y los numerosos empleados de la SARH, las sucursales de los bancos y aseguradoras agrícolas oficiales, los sistemas de compra y almacenamiento estatales de granos básicos. La cantidad de empleados de cada una puede variar de acuerdo con la riqueza o pobreza de la región: por supuesto, abundan los técnicos y promotores en los valles irrigados de agricultura comercial.

El Estado se basa y reitera la homogeneidad: la ciudad media como intermediaria del destino agrícola de su entorno. El resto de la presencia gubernamental corre por cuenta de los servicios estatales generales a la población: SEP, SSA.

Sobre ese dispositivo especializado en lo agrícola —pero sin duda el de mayor y más vieja presencia en el medio rural— se han establecido las coordinaciones, ahora tan de moda, para promover proyectos alternativos en el campo, para llevar a cabo, entre otras muchas cosas, la diversificación. En estas condiciones, los técnicos y promotores, que difícil e ineficientemente cumplen su cometido estricto (que haya producción agrícola y no muchas quejas), se han visto totalmente desbordados con esta nueva tarea que, o no se cumple o, peor todavía, se inicia para dejarla

fallecer poco a poco hasta que le dure la euforia o el puesto al funcionario que la impuso.

Eso por una parte. Por otra, algo muy sabido. Los planes que son a veces "puntadas" de un servidor público o incluso de alguna activa esposa de funcionario se conciben en las dependencias de la capital donde es fácil obviar o suponer muchas cosas. Por ejemplo, que se van a vender los pollos de granjas instaladas a centenares de kilómetros de la ciudad más próxima, o enviar agrónomos a promover la ganadería en ejidos donde hace más de veinte años no hay vacas porque ahora la gente de allí hace-zapatos.

Ciertamente los planes diversificadores de los gobiernos estatales tienen más relación y compromiso con los pesares y posibilidades de los múltiples terruños de su entidad. No obstante, aquí también, aunque por diferentes motivos, suele fallar la marcha económica de los proyectos. Tributarios de una concepción que les confiere múltiples propósitos, la de hacer pequeñas empresas económicamente viables, queda minimizada frente a las de la promoción de formas organizativas y de participación rurales.

De un modo u otro la promoción gubernamental ha tenido repercusiones más políticas que económicas. En varios casos, el efecto económico de algún gran plan oficial ha empezado después de que éste fracasó; es decir, cuando algunas familias utilizaron los conocimientos para comenzar negocios propios. Lo que ha sido mucho más generalizado es la comprobación de que el gobierno también en esto ha sido ineficiente, inconstante, corrupto. Los edificios abandonados, incluso con maquinaria, son un ejemplo claro, se dice, de que al gobierno no le importa dejar a la gente sin empleo. Se reafirma la convicción de que hay que trabajar al margen y sin que el gobierno se inmiscuya en lo que hacen.

Así las cosas, la diferenciación de las ciudades y los pueblos del occidente rural parecerían mostrar que se ha transitado de una etapa que hizo del medio rural un sinónimo de lo agrícola y agrario a una nueva fase caracterizada por la heterogeneidad y la especialización donde el ámbito regional adquiere sentido para la organización económica, el quehacer político y el cambio cultural.

La diversificación y especialización económicas con que la

sociedad rural se enfrentó a la crisis agrícola de la década pasada ha contribuido en mucho también a sobrellevar la crisis más generalizada de los ochenta. Hasta ahora, el mundo y la familia rurales han demostrado ser el ámbito y la institución donde se generan más trabajo y empleo para los habitantes de la localidad y la región y productos de bajo costo para el resto del país y no resultado de los muchos y consentidos programas oficiales y privados.

Referencias

- Arias, Patricia, "Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en los Altos de Jalisco" en *Relaciones*, vol. vn, núm. 28, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1986, pp. 33-60.
- Arias, Patricia y Gail Mummert, "Familia, mercados de trabajo y migración en el centro occidente de México" en *Nueva Antropología*, vol. xi, núm. 32, México, D.F., 1987, pp. 105-127.
- Bartra, Roger, *Estructura agraria y clases sociales en México*, Era, México, 1978.
- Creel, Martha, *Chiconcuac: pueblo de artesanos y capitalistas*, México, Universidad Iberoamericana, tesis de licenciatura en antropología social, 1977.
- Durand, Jorge, *Los obreros de Río Grande*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1986.
- Durand, Jorge, "Guanajuato, cantera de migrantes", ponencia presentada en el Seminario de Estudios e Investigaciones sobre el Estado, la Industria y la Agricultura en Guanajuato, 1940-1986, Guanajuato, El Colegio del Bajío, 26-29 de enero de 1988.
- Espín, Jaime y Patricia de Leonardo, *Economía y sociedad en los Altos de Jalisco*, CIS-INAH, Nueva Imagen, México, 1978.
- García, Virginia, *La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco*, Universidad Iberoamericana, tesis de licenciatura en antropología social, México, 1977.
- González, Luis, *Michoacán*, Fonapas, México, 1980.
- Leñero, Estela, *El huso y el sexo (La mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala)*, Cuadernos de La Casa Chata, México, 1984.
- López, Jacqueline, "Talleres y fábricas pequeñas en Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala. Un estudio de caso", ponencia presentada en el Seminario de Antropología Industrial, Universidad Iberoamericana, México, 14 de enero-4 de febrero de 1977.
- Martínez Saldaña, Tomás y Leticia Gándara Mendoza, *Política y sociedad en México: el caso de los Altos de Jalisco*, SEP-INAH, México, 1976.
- Molina, Virginia, *San Bartolomé de los Llanos*, SEP-INAH, México, 1976.
- Mummert, Gail, *Cambios en la población económicamente activa de la región centro-occidente, 1970-1980*, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, Documento de Trabajo, México, 1987.
- Novelo, Victoria, *Artesanías y capitalismo en México*, SEP-INAH, México, 1976.
- Palerm, Ángel, "Articulación campesino-capitalismo: sobre la fórmula M-D-M" en Ángel Palerm, *Antropología y marxismo*, CIS-INAH, Nueva Imagen, México, 1980.
- Ramírez, Luis Alfonso, *Chilchota, un pueblo al pie de la sierra*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1986.
- Rodríguez, Olga, "Una industria textil moderna en Santa Ana Chiautempan", ponencia presentada en el Seminario de Antropología Industrial, Universidad Iberoamericana, México, 24 de enero-4 de febrero de 1977.

- Sariego, Juan Luis, *Los mineros de la Real del Monte. Características de un proceso de proletarización*, Cuadernos de La Casa Chata, México, 1978.
- Suárez, Luz María, "La industria a domicilio en México" en *Análisis Económico*, vol. II, núm. 1, UAM-Azcapotzalco, revista de economía de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, México, 1983, pp. 331-352.
- Tapia, Carlos, "Paracho: de mercado campesino a centro comercial manufacturero", El Colegio de Jalisco, Guadalajara (en prensa), 1987.
- Treviño, Sandra, "El trabajo a domicilio: una forma específica de proletarización de la mujer obrera", tesis de licenciatura en antropología social, UAM-I, México, 1986.
- Warman, Arturo, *Y venimos a contradecir*, Ediciones de La Casa Chata, México, 1976.
- Wilson, Fiona, "Lucha obrera en una industria rural: historia de una demanda", El Colegio de Jalisco, Guadalajara (en prensa), 1987.